

PESADO PÉREZ, JOSÉ JOAQUÍN (1801 —1861)

PARTE SEGUNDA

POESÍAS MORALES

INDICE:

EL HOMBRE
LA VISIÓN
EL SEPULCRO
EL SITIO DE PTOLEMAIDA
A UN NIÑO
AL MISMO
EL SEPULCRO DE MI MADRE
UNA TARDE DE OTOÑO

EL HOMBRE

El hombre triste en su delirio ciego
Blasona de su ser, ó bien maldice
De su existencia mísera y penosa.
Conjunto misterioso en quien se miran
Reinar en varia y en opuesta forma
El bien y el mal, y la virtud el vicio.
¿Qué es el hombre infeliz, que acaso lucha
Con su misma pasión, ó imbécil cede
Á sus impulsos férvidos? Lanzado
En medio de este globo, apenas vive,
Partiendo sus momentos fugitivos
En gozar y sufrir, cuando el sepulcro
Lo arranca de la escena de la vida,
Y lo reduce á desconcierto y polvo.

¿A qué vine yo al mundo? ¿Qué destino
Debo ocupar en él? ¿Soy por ventura
Producto del acaso, hijo del tiempo,
Juego de la fortuna, y presa débil
De la nada voraz? ¿ Ó fui formado

Por un poder eterno, inteligente,
Para objetos más altos y sublimes?
¿En qué lugar me colocó el destino
De esta cadena inmensa de los seres?
Pregunto á la razón, y ella vacila.
Esta guía falaz, ora se encumbra
Al remoto principio de los tiempos,

Y tocando al origen de las cosas
Pretende descubrir hondos arcanos.
Ajenos de su ser: los resplandores
Del fuego de los cielos la deslumbran;
Y semejante al Ángel derribado,
Baja del solio que escalar intenta
Do triunfa la verdad. Ora desciende
Á un abismo sin fin ; y despechada,
En medio de tinieblas, roba el brillo
Á la dulce esperanza/Audaz empuña
El duro cetro en su potente mano,
Oprime mi alma con amargas sombras,
Y arrancando al espíritu sus alas,
Cargado de cadenas, le condena
Á ser presa infeliz de los dolores.

¡Oh dolor! nombre infausto, ¿qué elemento
Eres tú de la frágil existencia
Del misero mortal? Tú le acompañas
Como sombra funesta aterradora,
Desde el primer vagido de la cuna,
Hasta el postrer sollozo del sepulcro.
¿Es necesario ¡ ay triste! que yo gima
Para que el mundo goce? Mis tormentos
¿Endulzan los pesares, dan holgura
Á los otros vivientes ? Mis placeres
¿Son más vivos acaso, son más gratos,
Cuando mi hermano bebe con sus lágrimas
Las heces del dolor?

El tierno niño,
Fruto de amores castos (dulce alivio
De un pobre corazón) lleno de vida,
Rebosando salud, gracia, inocencia,
Siente en su seno la letal ponzoña
De la dolencia súbita, y herido
Baja á la tumba. Su congoja lenta,
Sus ayes moribundos, los lamentos

De su madre, ¿mitigan por ventura
El dolor que otros pechos atosiga?
¿A qué vino este infante entre los hombres?
¿Qué objeto tuvo en él naturaleza?

Mirad aquel mancebo, en cuyo aspecto
Se dejan ver designios inmortales:
Brilla en sus ojos un celeste fuego,

Y le cercan los rayos de la gloria.
¡Ay! las pasiones en su noble pecho
Se ceban inhumanas, destruyendo
Su heroico esfuerzo y su bondad naüa.
Marcado con el sello del oprobio
Postrado yace. Enherbolada flecha

Le despedaza aguda las entrañas.
Gime del hondo pecho, y dolorido
Clama al cielo con grito penetrante;
Pero el cielo inclemente le condena
A los remordimientos: la agonía
Sofoca ya su espíritu agitado.
¿Es éste el que viviendo de esperanzas,
De la honra cortejado y la fortuna,
Ceñido de los plácidos laureles,
De los triunfos y ciencias, caminaba
De la inmortalidad al alto asiento?
¡Desgracia inevitable! Tú del mundo
Eres dueño absoluto y de los hombres.

Y tú, doncella hermosa, que naciste
Para inundar el orbe de contento
Y disipar su horror. Tú en cuya boca
Yaga la blanda risa, ¿quién tu seno,
Morada del placer, sereno y puro,
En guarida trocó de la tristeza?
Una oculta pasión no declarada,
Un afecto infeliz mal reprimido
Consumen tu belleza. Desfalleces,
Y tus copiosas lágrimas anuncian
De tu disolución el fin cercano,

Como las gotas últimas del iris.
¡Cuántos años de amor y de ventura
Robas contigo al mundo que te pierde!
¡Ay! todos á la muerte caminamos,

Y una mano invisible nos conduce
Al lindero espantoso. En él terminan
La vida y la creación. De allí comienza
Á ensancharse el espacio pavoroso,
En cuya inmensidad errante vaga
La mente, cual relámpago ligera:
Inmensidad que en vano el pensamiento
Pretende concebir : en cuyo abismo
Cerrado á la ilusión, á la esperanza,
Al ruego, á los placeres y deseos,
Se sepultan por siempre las pasiones,
Los reinos, las repúblicas, imperios,
Y los vanos objetos que los hombres
Tienen en sumo precio y alta estima.

Sólo la Eternidad su asiento tiene
Sobre inmutables bases de diamante.
El tiempo destructor encadenado
Yace á sus plantas, la segur depuesta.
En torno reina soledad sombría,
Profunda soledad, terrible, augusta,
Donde no llega el alterado estruendo
De las olas del mundo; y se oye claro
De la ingenua verdad el sacro acento.
Allí la voluntad fija y absorta
Halla su fin, y el ánima se goza,
Ó también desdichada llora y pena.

¡Oh misterio terrible, á cuya vista
La razón espantada retrocede!
De mi naturaleza los arcanos
Sólo tú sabes explicar; mis dudas
Disipas victorioso, y entre sombras
Un secreto con otro me declaras
Es cierto : yo conozco que he nacido
Para la eternidad. Altos deseos
Mi pecho encienden. Fervorosa llama.
Arde en mi seno, y el amor de gloria
De todas mis potencias se apodera:
Pera de gloria inmensa, inmarcesible,
Que levantando al cielo su alta frente
De sumos resplandores adornada,
Sobrepuja triunfante las edades,
Detiene de los siglos la carrera,
Mostrando al mundo atónito los nombres
Que á la virtud y ciencia son más caros.

¡Oh si mi corazón asilo fuese
De la virtud sublime y generosa!
¡Oh si á mis sienes el laurel egregio
Ciñera de la docta poesía!
Entonces en las alas de la fama
Llevara el nombre de mi patria ilustre,
Y el dulce nombre de mi amada hermosa,
De donde nace el sol á donde muere:
Triunfara del sepulcro, y para siempre
También mi nombre, libre del olvido,
Del mundo por los ámbitos sonara.

Esa dádiva insigne preferiera
Á cuantas brinda la fortuna. Vanos
Sus dones son : cual humo se disipa
El falaz brillo de su leve gloria.

El rico cetro que el monarca empuña
Es débil caña, que se quiebra y hiere
La mano incauta que sobre él se apoya.
La pompa del magnate poderoso
Es el festin apenas de una noche:
Un invisible dedo ante los muros
Con «misteriosos caracteres traza
El duro anuncio de su fin amargo:
Comienza entre las sombras con estruendo
Y á la aurora termina con gemidos.

Digno de compasión el hombre fuera
Si á la imperiosa voz de su deseo
Cediese por flaqueza, y no insensato
Obrase por designio. Los delirios
De su mentida gloria son señales
De profunda maldad. ¿Veis al tirano
Que asentado en un trono mal seguro
Ciñe rica diadema, y entre inciensos
Cantos lo arrullan de servil lisonja?

Pues notad que su manto está teñido
Con sangre de guerreros. Las lucientes
Joyas que lo recaman, semejantes
Del pavón á la cauda^ son los ojos
Que arrancó de los pueblos que domina.
La turba desdihada se le postra,
Y vertiendo por llanto hilos de sangre,

Sin luz, sin esperanzas ni consuelos,
Adora ciega el ídolo feroce
Que ella misma forjó. Siente en su cuello
La cadena cruel, sin ver la mano
Que sobre él la coloca. Culpa al cielo,
Y ella sola es la causa de sus daños.

i Oh mortal degradado! Alza tu frente
Del polvo vil, y con orgullo noble
Abandona el error. ¿Tu noble origen
Has olvidado ya? ¿No eres la imagen
Del soberano autor? ¿Por qué insensato
De tu estirpe depones la hidalguía?
Tu inercia te anonada. Peregrino
Transitas por el mundo, caminando
A la morada de eternal reposo.

La mano que te crió no te destina
A torpe humillación. Vuelve la vista
Al solio que te tiene preparado:
Perfecciona tu ser, y espera firme
La hora que el cielo te señale. En tanto
Trata á los hombres como hermanos todo»,
Y dobla á Dios tan sólo la rodilla.

LA VISION

Yo vi una luz opaca y pavorosa
En medio de la noche sosegada,
Y en sueños á mi diestra vide alzada
Una figura pálida y llorosa.

Cubierto su semblante de amargura
Se mostraba al través de un ancho velo :
Profuso era su manto, y hasta el suelo
Arrastraba su luenga vestidura.

Como suena el tristísimo gemido
Que interrumpe el silencio de la tumba,
Y sumiso en las bóvedas retumba,
Así su acento resonó en mi oído. —

"¿Cómo de la virtud te divorciaste,
Que fué tu hechizo mientras yo vivía?

De tus brazos bajé á la tumba fría,
¿Y al punto mis ejemplos olvidaste?

Mi mano dirigió la tierna planta
De tu edad infantil por buena senda:
A tus fuertes pasiones puse rienda;
Y te enseñé del cielo la ley santa.

“Todo tu corazón sencillo y tierno
Diste á Dios cuando apenas balbucías:
¿Quién habría de pensar que faltarías
A los votos que hiciste ante el Eterno?

Así los días de tu niñez corrieron,
Y tus floridos años se pasaron:
Tantos buenos deseos ¿en qué quedaron?
Tantas bellas promesas ¿qué se hicieron?

“Vuelve infeliz de ti, mira tu pecho,
Morada en otro tiempo del reposo,
Convertido en abismo tenebroso
Donde lidian la culpa y el despecho.

¿Una mentida ciencia te deslumbra
Á todos tus afanes siempre ingrata,
El genio que en sus alas te arrebató
Te precipita cuanto más te encumbra.

"Hoy el cielo propicio te concede
Lugar para que mudes de camino;
Venera los decretos del destino
Y á tiempos más felices retrocede.

Alza la vista á la suprema altura,
Donde la luz eterna reverbera:
Allí está tu descanso, allí te espera,
Quien mereció otro tiempo tu ternura.

"Conviértate mi amor; mi labio frío
Te recuerda mis últimas lecciones:
¡Dichoso tú si en práctica las pones!
¡Ay si las olvidares, hijo mío!"

Mal despierto y turbado en aquel punto,
Salto lleno de espanto de mi lecho:
El aliento vital con fatiga echo,

Perdida la color como difunto.

A la querida sombra clamo insano,
Inundadas en llanto mis mejillas
Tiendo las yertas manos amarillas
Y aprieto solamente el aire vano.

¿Te vas fe dije entonces, y me dejas,
Convirtiendo en desvelo mi letargo?
¿No escuchas mi dolor y llanto amargo?
¿No te mueven mis lágrimas y quejas?

Jamás te olvidaré, sombra adorada,
Genio que en las tinieblas me visitas,
Ángel que con tu voz me resucitas,
Mensajera de lo alto destinada.

¡Qué profundas, qué vivas impresiones
Ha causado tu acento en mis entraña!
Como pasa la niebla en las montañas,
Así huyeron mis vanas ilusiones.

Y no es una invención, no es ilusoria
Ficción nacida de un engaño ciego:
Grabado con imágenes de fuego
Vive el hecho constante en mi memoria.

Desde entonces se ven en mi mejilla
El dolor y la pena retratados,
En mi pálida frente los cuidados,
Y en mis ojos la lágrima que brilla.

Y huyendo desde entonces á los retiros,
Rompí con este mundo mis alianzas,
Y animado de eternas esperanzas
Á los cielos dirijo mis suspiros.

EL SEPULCRO

Aqueste es el sepulcro, la morada
Postrimera del hombre. Aquí fenece
La mundana inquietud, y excelsa vive
La eternidad. Placeres seductores,
Halagos dulces y caricias tiernas,

Huyen de este lugar. El amor mismo
Inundado de llanto, y extinguida
La llama de su antorcha, con lamentos
Baja á ocultarse al centro pavoroso.

La fastosa ambición, sin los honores
Del mando que ejerció, llega sumisa
A ocupar en silencio el puesto humilde,
Que ie señala el dedo de la muerte.

Y la avaricia vil, sórdida, incierta,
Con torva faz y escuálido semblante,
Negro y lacio el cabello, taciturna,
Vuelos los ojos al tesoro amado,
En el angosto límite se postra.

Cierra el mármol la turaba, y aun se escucha
Allá en el fondo el lúgubre gemido.
Debajo de estas bóvedas opacas
Alumbradas apenas por el rayo
De moribunda lámpara, contempla
El ánima los tiempos ya pasados
Y los siglos futuros. De repente
Mira unidos extremos más distantes
Qué el oriente y ocaso. Es el sepulcro
Padrón aterrador, que se levanta
De la vida y la muerte en los confines.

Así se eleva en los polares climas.
Helada sierra en el lejano puerto:
Véñse á una parte desde su alta cumbre
Las ondas de un abismo tempestuoso,
Que rugen fieras, y se encrespan; de otra
Soledades inmensas, despojadas
De luz y de verdor, siempre oprimidas
Bajo el estéril peso de la nieve:
Ni rastro incierto ni vereda escasa
En su extensión inculta se descubre.

¿Qué es nuestra vida? - Una ilusión perpetua
Á nuestro lado asisten incesantes
La dicha y la desgracia. Al golpe alterno
De sus mágicas varas, no ofrecen
Imágenes amables espantosos
Espectros. Unas veces seducidos,
Corriendo vamos tras la leve sombra

Con la risa en los labios : otras llenos
De súbito pavor, el paso errante
Volvemos hacia atrás : hondos abismos
Do quiera se abren, y la torpe huella
Tropieza y se hunde.

En el oscuro seno,
Morada del horror y sombras vagas,
Do las generaciones desaparecen
Como vapor ligero, y se aniquila
Triste y marchita la creación entera;
Yacen también á nada reducidos
Del hombre los altivos pensamientos.
Sus proyectos quiméricos y audaces
Aquí se pierden, cual en negra noche
Los celajes espléndidos que forma
Purpúreo el sol cuando al ocaso baja.

Yo vi la tierra grande y extendida
Cubierta de heredades y jardines,
Ciudades opulentas, y elevados
Palacios, que tocaban las estrellas:
Inmensa población los ocupaba,
Y el eco vagaroso repetía
Su confuso rumor. Cerré los ojos,
Y al despertar después de un breve sueño
Un desierto encontré yermo y desnudo:
Los jardines volviéronse malezas,
Ruinas son las ciudades, y los hombres
Poca ceniza que el sepulcro guarda.

Míranse aquí en lugar desconocido
Entre pavor y fetidez inmundada
Los restos de un guerrero. Orín impuro
Son ya sus armas, y el pavés luciente,
Que entre nubes de polvo y humo espeso
En las batallas resplandor lanzaba,
Cual ígneo globo en cielo nebuloso.

Eterno hielo el fuego de sus ojos
Para siempre apagó : yace cubierta
De triste sombra la sañuda frente
Que los lauros ciñó de la victoria;
Y la diestra, que el rayo fulminaba
En los combates con furor tremendo,
A cuyo golpe mi aterrada patria

Prosternada cayó, yace ora yerta,
Helada, en inacción. Tú conseguiste,
Batallador feliz, unir dos mundos
Con vínculos funestos, y arrogante
De lo alto derrocar al trono Azteca,
En duelo convirtiendo el rudo brillo
De su agreste poder. De sus victorias
Sólo recuerdos funerales viven.

También mezclados cabe tí reposan
Los carcomidos huesos del monarca,
Que arrancaste falaz del solio regio.
Así el sepulcro despiadado absorbe
Al guerrero triunfante y al vencido,
Al señor poderoso y al colono,
Al sacerdote y víctima, mezclando
Allá en sus antros con olvido eterno
Odio y amor....

¡Qué digo! Nunca puede
El sepulcro cruel romper los vínculos
Del blando amor, y los afectos puros
Con que de Dios la mano bondadosa
Los mortales unió con nudo grato.
Cambia el amor de formas, no perece.

¡Cuántas dulces memorias! ¡Cuántas bellas
Ilusiones vivíficas produces,
¡Oh fúnebre mansión ! Son tus umbrales
Tranquilo puerto, tras tormenta horrible.
¡Feliz aquel que por la fe alumbrado,
Baja con planta firme á tus abismos,
Y en ellos mira con valor misterios
Que jamás alcanzó la vana ciencia
Del filósofo audaz!

Dame que escuche
¡Oh tumba! los oráculos severos.
Dentro tus antros lóbregos descansan
Inmóviles cenizas, que mis ojos
Con llanto regarán. Ellas encierran
Nueva esperanza y plácidos consuelos.

Dulce es el llanto, que en el alma excita
La fúnebre memoria de una madre,
Modelo de virtud y de ternura,

¡de hijos caros la temprana muerte.
¡Sombras amadas, descansad tranquilas!
Vuestra separación dejó en mi pecho
Interna herida que jamás se cierra;
Pero también dejó lección profunda,
Con rasgos indelebles estampada,
De sabio desengaño, y de elocuentes
Ejemplos de inocencia y de cariño.
Jamás, jamás de mi alma adolorida
Separaros podrán profundos mares,
Largas distancias, interpuestos montes,
Ni el confuso bullicio y pompa vana
Con que brilla la corte esplendorosa.

En mi memoria viviréis constantes
Mientras durare mi existencia. Aqueste
Recinto melancólico y sombrío
Será para mi amor de mayor precio
Que el palacio riquísimo, do lucen,
Entre jaspes y excelsos artesones,
El oro y el marfil. Cuando la muerte
Con severa piedad destroce el hilo
De mi vida apenada y borrascosa,
Uniréme a vosotras, sombras caras,
Renovando los lazos de familia.

EL SITIO DE PTOLEMAIDA

(Traducción de una elegía)

(Escrita por SINECIO, obispo de aquella ciudad)

¡Oh mi amada Cirene, tú que vivos
De mis antecesores venerados
Los nombres has guardará o en tus archivos!

¡Sepulcros de la Dórida sagrados,
Donde no quedarán con mis mayores
En dulce paz mis huesos sepultados!

¡Tú que eres ocasión de mis dolores,
Ptolemaida infeliz, pues me hace el cielo
El postrimero ser de tus pastores!

¡Nada os puedo decir en tanto duelo,
Que oprimida la voz, impide el llanto,
Palabras á mi lengua de consuelo!

¿Tendré que abandonar el templo santo
Lanzado por el bárbaro enemigo
Entre la confusión y entre el espanto;

Y huyendo de su saña, cual mendigo
Buscar, detras de mares procelosos,
En extraña región quietud y abrigo.

Si huyéremos de noche silenciosos,
Pediré por piedad alguna espera,
Y al templo iré con pasos presurosos,

Donde humillado por la vez postrera
Exhalará mi pecho atormentado
Su profundo dolor, su pena fiera.

Daré la vuelta del altar sagrado,
Y besaré el umbral y sacra mesa,
Dejando el suelo en lágrimas bañado.

Con la amargura en el semblante impresa
Abrazado á las puertas del santuario,
Dirá el último adiós el alma opresa.

Las bóvedas del templo solitario
Huecas repetirán con sordo acento
Los ecos de mi llanto funerario.

Hasta que llegue el último momento
Del peligro, y su fuerza aterradora
De allí me arranque con furor violento.

Mientras esto imagino, no hay una hora
Propia para el descanso, no de día,
No en la profunda noche, no en la aurora.

Si el sueño agobia la cabeza mía
El clarín me despierta resonante,
Y del lecho y descanso me desvía.

Estoy siempre en alarma vigilante
Sobre el muro, vestido de loriga,

Campados los contrarios por delante.

Rendido estoy de sueño y de fatiga,
De prevenir la astucia y la cautela
Con que pueda asaltar tropa enemiga ;

De mudar el nocturno centinela,
De hacer guardar servicio riguroso,
Y velar á mi vez al que me vela.

Las noches ocupaba antes gozoso
Por ver girar sobre la esfera pura
El coro de los astros luminoso.

Ahora me desvelo en noche oscura
Por rechazar los bárbaros sangrientos,
Que cubren nuestro suelo de amargura.

Si concedo al descanso unos momentos
Por el reloj con precisión medidos,
¡ Qué de sueños me asaltan turbulentos!

De las congojas del día nacidos,
Como objetos de horror y de tortura
Conturban por la noche mis sentidos.

Paréceme que huyendo con presura,
El bárbaro nos carga de cadenas
Y lleva á esclavitud lejana y dura.

Guando de tanto horror despierto apenas,
Vuelvo á nuevo afanar, para mí digo :
Aquí tendrán su término mis penas.

r Si entrare en la ciudad el enemigo
A sangre y fuego, desatado en lloro
En el santuario buscaré mi abrigo.

Allí ante el Dios Eterno á quien imploro.
De sus sagradas aras abrazado,
Y puestos ante mí sus vasos de oro,

Opondréme al arrojado del soldado;
Y si rae diere muerte allí protervo,
Compasivo el Señor verá bañado
El altar con la sangre de su siervo.

A UN NIÑO

I

Cuando viniste á la tierra
Derramaste, hermoso niño,
En tu familia y tu casa
El más puro regocijo.

Los semblantes que cercaban
Tu cuna, recién nacido,
Respondieron con sonrisa
k tus primeros vagidos.

No te aguardaban riquezas,
Ni brocados exquisitos,
Sino el amor de tus deudos
Y de tu madre el abrigo.

Guando en sus brazos quedabas
Al grato sueño rendido,
Gozabas tu descanso
Y ella de un dulce delirio.

Te adormía con sus arrullos,
Y con besos repetidos
Te despertaba, mirando
El mundo en tí reducido.

Ya sus rasgos empezabas
A conocer indeciso,
Y lanzábaste á su seno
Alborozado y festivo.

Tal vez entonces tü pecho,
De amor inocente herido
Sintió, aunque confusamente,
Los nobles afectos de hijo.

Así la reciente aurora
Con su regalado brillo,
Los inofensos resplandores
Anuncia del dia vecino.

En tus azulados ojos
Brillaban rayos activos,
Y la donosura y gracia
En tus labios purpurinos.

Eras cual planta preciosa,
Que el sol fecunda benigno,
Las dulces auras halagan,
Y riega el blando rocío.

Eras joya de tu casa,
Eras de tu madre hechizo,
El gozo de tus hermanos,
De mi corazón alivio.

Mas, ¡ay! pasaste cual sombra,
Volaste como un suspiro,
Y tus luces se apagaron
Allá en el sepulcro frío..

II

Densa noche sucede al breve día,
Inmenso mal al bien que poco dura,
Y á la temprana vida la agonía.

Se apoderó de tila calentura,
Con un fuego sutil quemó tu frente,
Y consumió también tu sangre pura.

Herido en lo más vivo de repente
Quedaste sobre el lecho derribado,
Lleno de languidez, triste y doliente.

Así queda en el polvo sepultado
El bello lirio en el ardiente estoy,
De su lustre y aromas despojado.

El alma me llenó terror sombrío
Cuando en tu rostro vi, que revelabas
La intensidad del mal, perdido el brío

La llama que en el seno alimentabas
Los alivios negó, que pretendías

Alcanzar, cuando apenas respirabas.

Sin refrigerio en torno te volvías,
Y á fuerza de gemidos y lamentos
El curso de la muerte detenías.

¡Cómo se prolongaron tus tormentos!
¡Y cómo con su vista se aumentaron
Mis profundos y amargos sentimientos!

Mis ojos incesantes te velaron
Hasta rayar la lumbre matutina,
Y al mirarte llorar también lloraron.

Tu suerte lamentable vaticina,
Y sus marcas de fuego dolorosas
Estampó sobre tí la medicina.

Entonces tus pupilas lagrimosas
Levantabas á mí, como pidiendo
Que calmara tus penas rigurosas.

¿Qué pude hacer en lance tan tremendo,
Sino obligarte á nuevos sacrificios
Á las tuyas mis lágrimas uniendo?

Ineficaces fueron mis oficios,
Que la cruda dolencia progresaba
Dando ya de tu fin ciertos indicios.

La muerte entre tinieblas se acercaba,
Y empañó con su aliento el brillo puro
Que en tus serenos ojos se mostraba.

Cesó tu padecer: del mundo oscuro
Volaste al alto empíreo esclarecido,
Donde respiras ya libre y seguro.

¡Ay cuando conocí que habías partido
Y tu yerto cadáver en mis brazos
Le mostró sin aliento y sin sentido;

Pedí al cielo rompiese ya los lazos
Que me unen ala vida, y se salía
Mi corazón del seno hecho pedazos.

Mi rostro con tu rostro confundía,
Mi boca con tu boca, y de mis ojos
Una fuente de lágrimas vertía.

¡Oh si unir á los tuyos mis despojos
Pudiera en este instante, niño tierno,
Acabaran de un golpe mis enojos!

Hechizo blando del amor paterno,
¡Oh que presto de mí te has alejado,
Dejándome inundado en llanto eterno!

El contento contigo te has llevado,
Acabó de repente el dulce gozo
Que habías en tu familia derramado.

Donde antes resonaba el alborozo,
Las risas y los juegos inocentes,
Hora suena el suspiro y el sollozo.

¡Oh mudanza cruel ! ¡Cuán diferentes
Fueron tu nacimiento y tu partida!
¡Huyó el placer, dejándonos presentes
Hondo pesar y lloro sin medida!

III

¿Por qué, inocente niño.
De esta mansión te alejas?
¿La voz de mi cariño
Olvidas, y me dejas
Desalentado y mísero,
Luchar con el dolor?

Tú, que gracioso fuiste
Antes todo mi encanto.
Hora motivo triste
Eres de largo llanto:
Recuerdo melancólico
De un infeliz amor.

Qué injusta se ha mostreado
Con nosotros la suerte
Debieras á mi lado
Tú presenciar mi muerte,

Y con tus dulces lágrimas
Bañar mi helada faz:

Y yo nunca debiera
Ver en tan negro día
De tu hora postrimera
La penosa agonía ;
Ni en el humilde féretro
Depositarte en paz.

Tus preciosos despojos
Al hondo descendieron
De la tumba; mis ojos
Llorando te perdieron:
Sobre tu losa fúnebre
La Eternidad se alzó.

De este mundo olvidado
La lobreguez te oculta,
Cual tesoro ignorado,
Que la tierra sepulta:
Mas contigo en el túmulo
Mi corazón quedó.

En sueños tu brillante
Imagen se me ofrece,
Despierto y al instante
Huye y se devanece,
Cual pasa del relámpago
El resplandor fugaz.

Tus quejas vagarosas
Que de dolor me llenan,
Todavía lagrimosas
Bajo mi techo suenan,
Como en las selvas lóbregas
Vaga el eco locuaz.

Desde, el sepulcro helado
Tu acento me amonesta/
Que vele preparado
Para la hora funesta,
En que la muerte pálida
Me salga á recibir.

¡Ay! al Eterno pide

Temple su golpe crudo,
Pues el tamaño mide
De mi dolor agudo,
Y abrevie luego el término
De irme contigo á unir.

AL MISMO

Niño, que te partiste en presto vuelo
De esta tierra de crímenes manchada,
Sumergiendo en amargo desconsuelo
Tu pobre casa y tu familia apiada:
Si conservas allá en el alto cielo
Recuerdos de esta vida desgraciada,
Ruega al Señor Eterno á quien bendices,
Que consuele á tus padres infelices.

EL SEPULCRO DE MI MADRE

Bajo esta losa fría
¡Idolatrada madre!
Descansan para siempre
Tus restos venerables:

Descansan, y mis ojos,
Que no te ven cual antes,
Cercados de tinieblas
En llanto se deshacen.

Estériles mis quejas
Se pierden en el aire,
Que nada los lamentos
Contra la muerte valen:

Ni logra el blando ruego,
Que exhala el pecho amante,
El que su presa vuelva
La tumba inexorable:

Ni menos á su impulso
Que dóciles se ablanden
Del lúgubre destino

Las puertas de diamante.

Llena de anhelo ardiente,
Rendida orabas antes
En este mismo templo,
Donde hora inmóvil yaces :

Pidiendo al Ser Supremo
Con ruegos incesantes,
Que en tí sus claras luces
Benigno derramase.

¡Cuántas veces la aurora
Te vio en estos umbrales,
Impetrando del cielo
Favores y piedades!

Jamás á lo alto fueron
Tus súplicas en balde,
Que era para el Eterno
Tu valimiento grande.

¡Cuántas miró la noche
Tus lloros abundantes,
Como tu amor ardiente,
Y á tu cariño iguales!

Tus flébiles suspiros
Herían éstas naves,
Que hora sordas repiten
Mis dolorosos ayes.

Sobre las breves huellas,
Que en pos de tí dejaste,
En escuadrón vinieron
Mil bárbaros pesares;

Y alzándose terribles,
Con fuerza incontrastable
Lanzáronme á un abismo,
Sobre barquilla frágil.

Así, madre querida,
Desde que tú faltaste,
Cual náufrago navego
En borrascosos mares.

Encréspanse las olas,
Silban los huracanes,
Y entre agrupadas nubes
Rugen las tempestades.

Perezco sin remedio,
Pues que llegó á apagarse
La luz, que era mi guía
En las olas inestables.

¡Oh sí pluguiera al cielo,
Que en tan horrible trance
Asilo bonancible
En tu sepulcro hallase!

En él nacen contino
Provechosas verdades,
Alivios duraderos,
Consuelos perdurables.

Desde él la llama oculta,
Que en tus cenizas arde,
Al corazón envía
Centellas eficaces.

No rico mausoleo
De mármoles y jaspe
Oprime tus despojos,
Bajo su mole grave,

Sino sepulcro humilde
Al pié de los altares,
Lugar que tantas veces
En vida frecuentaste.

En torno las virtudes
Con cándido ropaje
Te cercan, encubriendo
Llorosas el semblante.

Ellas en vela siempre
Hacen que se te guarde
Respeto merecido,
Libre de todo ultraje.

Permite que me acerque,
Que con lágrimas bañe
Tus restos, y en mi auxilio
Con voz débil te llame.

Deslazado del cuerpo
Tu espíritu brillante,
Sobre el empíreo goza
Delicias inmortales.

Espléndida diadema
Te ciñe radiante,
Y en trono de zafiros
Triunfas de las edades:

Contemplando segura,
Con ojos penetrantes,
La ingénita belleza
Que vida y luz esparce.

Nunca de mí te olvides:
¡Ah! mi dolor te apiado:
No porque el cielo habitas
Dejas ya de ser madre.

UNA TARDE DE OTOÑO

Tapiza Otoño la tierra
De secas hojas. Confuso
Declina el sol al ocaso,
Entre nublados oscuros:

Su luz quebrada resbala
Sobre los collados mustios,
Y de la estéril ribera
Entre peñascos incultos.

Murió la pompa del año :
El campo que antes produjo
Cosechas ricas, cubierto
Está de polvo infecundo.

En el ancho cementerio
De todo ornato desnudo,

Al pié de la antigua torre
Cubierta á trechos de musgo,

Siéntome oprimida el alma
Al peso de males sumos,
Y renovada del seno
La llaga, con golpe crudo.

Con melancólica pausa,
Del bronce herido ai impulso
El aire en torno resuena,
Y es de la muerte el anuncio.

Diversas fosas esperan
Del hombre los restos mudos.
En donde también se pierden
Sus vanidades y orgullo.

Allí el anciano, postrado
De años y trabajos muchos,
Desciende : allí la doncella,
Y el niño inocente y puro.

¿Quién es aquel que mirando
Con vista atenta el sepulcro,
Á la compasión no paga
De lágrimas un tributo?

¿Y más si estando ligado
Antes de amor con los nudos,
Á triste gemir y duelo
Después la ausencia redujo?

¡Ay, á mis cansados ojos,
Con llanto opacos y turbios,
Tu figura se presenta
Pálida, y la voz sin uso,

Joven malogrado! ¿Incierto
Me miras? ¿Quién así pudo
Dar á tu ingenuo semblante
Ese tinte taciturno?

Me acerco: con voz doliente
Te llamo ansioso, y al punto
Huyes, y te desvaneces,

Como en los aires el humo.

Cuando apenas empezabas
Á percibir del estudio
Los recónditos placeres
Que ignora el profano vulgo:

Entonces asoladora
Peste, con aliento impuro,
En tí vertió su veneno,
Y á la tumba te condujo.

Pasó, como luz liviana
De noche, tu breve curso:
Brilló un momento, dejando
Sombras y terror profundo;

Y contigo perecieron
De la muerte al golpe rudo,
Lisonjeras esperanzas
Que el pecho en vano mantuvo.

Á ser tu vida tan breve,
¿Para qué viniste al mundo,
En tu familia causando
Dolor inmenso sin fruto?

Sábelo aquel que conoce
Los arcanos más ocultos,
Á cuyos altos designios
No llega humano discurso:

El que los mares rugientes
Á abismos ciertos redujo,
Y sobre bases perpetuas
Los altos montes impuso.

Yo á su presencia postrado
Venero sus atributos,
Y mi voluntad sumisa
Rindo á sus decretos justos.

El objeto de mi pena
Posa en su seno seguro,
Mientras yo, desventurado,
De llanto en llanto discurro.

Así con ley siempre sabia
La providencia dispuso
Dar á la inocencia premio,
Y á mi un aviso oportuno.

Ya en las esferas la noche
Desplega el manto profuso
Y de tinieblas eternas
Ciñe su semblante agosto:

Descansa el orbe en silencio,
Mas yo por nuevo estatuto,
Para el infortunio velo,
Y para el dolor madrugo.